

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE FRONTERAS ÉTNICAS Y LINGÜÍSTICAS³⁰

JAVIER DE HOZ BRAVO

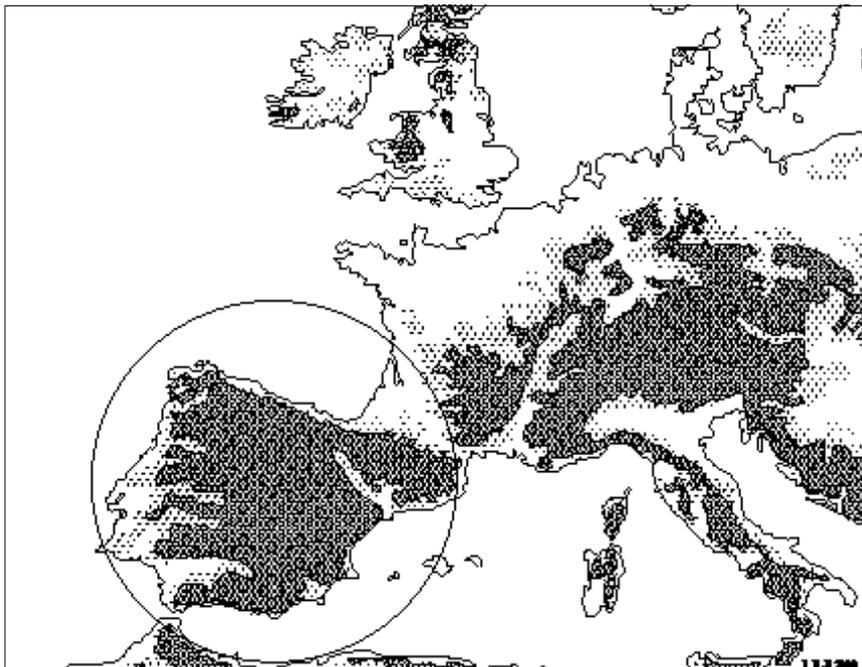
Departamento de Griego, Universidad Complutense de Madrid

ABSTRACT

Some Hispanic frontier problems —the Iberian language in the Mediterranean shore, Iberian and Celtiberian, the Indo-European languages of Hispania— allow us to consider the complexity and some of the varieties of the <frontier> concept. The explicative models derived from Modern History and frequently applied in the last years to archaeological and historical questions of the ancient world are inadequate, because of the important social, economic and technological differences between both worlds. In fact the major explicative consideration for the study of any frontier case is the character of each of the societies in contact.

RESUMEN

El estudio de algunos casos de frontera lingüística en Hispania —las fronteras internas del Levante ibérico, lengua ibérica y lengua celtibérica, articulación interna de la Hispania indoeuropea— nos lleva a constatar la complejidad del concepto de frontera y las diferentes formas en que puede realizarse. Los modelos derivados de situaciones modernas, cuya aplicación al mundo antiguo se ha puesto de moda desde hace algún tiempo, resultan poco adecuados dadas las fuertes diferencias sociales, económicas y técnicas que separan los casos para los que se crearon esos modelos de las situaciones del mundo antiguo a los que son aplicados. En última instancia el elemento decisivo para definir y explicar una frontera es el carácter de cada una de las sociedades a través de ella en contacto.



³⁰ Este trabajo se realizó dentro del proyecto PB96-0615, financiado por la SEUIYD. En la redacción final me he limitado a añadir notas y precisar algunos detalles, manteniendo el enfoque un tanto informal de la presentación en la mesa redonda original.

Los organizadores de la mesa redonda me han pedido algunas reflexiones sobre fronteras étnicas y lingüísticas, y ello me obliga inevitablemente a abordar dos grupos de problemas, a) cuántos y cuáles son los tipos de frontera a considerar en el contexto que aquí nos ocupa, es decir la primera de las cuestiones de fondo, y b) qué relación existe entre las fronteras lingüísticas y las étnicas, y entre ambas y los límites de las culturas arqueológicas o agregados geográficos de artefactos materiales y formas de ocupación. Es ésta la segunda de las cuestiones de fondo y a la vez, dada nuestra dependencia casi total del registro arqueológico, la cuestión de método básica. Por supuesto, la escasez y lo inadecuado de los datos de que disponemos excluyen que pueda llegar a conclusiones sólidas sobre esas cuestiones, pero al menos intentaré definir las con claridad y aportar luz a algunos problemas concretos de entidad no excesiva.

La cuestión de las fronteras está inevitablemente presente en todos los estudios históricos por la obvia importancia que los contactos y los conflictos entre culturas y comunidades tienen para el historiador, y el mundo antiguo no ha sido una excepción, incluso dejando a un lado casos particularmente llamativos y con una tradición propia, como la que se da en las investigaciones sobre el *limes* romano o incluso sus diversas zonas regionales, o en el terreno de los contactos entre comunidades ciudadanas y grupos nómadas en el Oriente próximo, pero en los últimos veinte o treinta años la cuestión parece haberse planteado de una forma más consciente y explícita. En lo que se refiere a la periferia griega, esta nueva actitud arranca probablemente del coloquio de Tarento de 1967 sobre la ciudad y su territorio, en el que fue planteada brevemente pero agudamente por Lepore³¹, y ha tenido su última manifestación de nuevo en Tarento, hace pocos meses, en el coloquio sobre límites y fronteras en el helenismo de Occidente. En lo que se refiere a celtas e íberos me limito a recordar la continua presencia del tema en el coloquio sobre paleoetnología de la Península Ibérica (Almagro-Gorbea, M. & Ruiz Zapatero, G., eds.: 1993), o el volumen dedicado a la cuestión en *Arqueología Espacial* en 1989³². No hay que olvidar por otra parte la atención prestada en los últimos años a los problemas de centro y periferia, que obviamente están muy relacionados con los de fronteras.

«Frontera» por supuesto es un término que puede significar cosas bastante diferentes³³. La primera acep-

ción, y también la que nos crea menos problemas, implica una línea a un lado de la cual encontramos ciertos comportamientos, por ejemplo el uso de una lengua, y al otro lado comportamientos diferentes. No representa una grave complicación el que la línea no sea en realidad línea sino una franja más o menos extensa en la que ambos comportamientos se mezclan en mayor o menor grado, y de momento prescindiré del problema.

Puesto que tratamos de celtas e íberos empezaré por intentar aplicar a la lengua ibérica esta primera noción simple de frontera, partiendo a la vez del presupuesto de que, aunque no es necesario que una frontera lingüística coincida con una frontera étnica, en la práctica es ésta la situación más frecuente, y pueden establecerse hipótesis de trabajo a partir de esa presunción; por el contrario, aunque la frontera étnica coincide en muchos casos con una frontera lingüística, no hay motivos suficientes para utilizar esa presunción como punto de partida en el planteamiento de una investigación³⁴.

El mapa n.º 1 recoge los lugares en los que han aparecido inscripciones ibéricas de fecha con seguridad anterior a la presencia romana en la Península. Al primer golpe de vista cualquier persona mínimamente familiarizada con cuestiones de geografía lingüística declarará que la frontera que se deduce del mapa es absolutamente inverosímil como frontera de una lengua hablada.

Obviamente estamos ante una frontera arqueológica, la del registro material de soportes de una escritura no perecederos, y éste debe ser el punto de partida, asumido de forma explícita y con toda claridad, sobre el que construyamos para deducir otras clases de frontera.

No voy a repetir los argumentos sobre la cuestión que ya he presentado en otras ocasiones (de Hoz, 1993, 1994 y 1995); me limito a resumir mis conclusiones. El ibérico es probablemente una lengua vehicular, tanto en su uso escrito como incluso en el oral, utilizada por gentes dedicadas al comercio en un amplio espacio que superaría con creces el del uso familiar de la lengua; podemos incluir en el territorio propiamente ibérico desde el punto de vista lingüístico lo que fuentes de época romana denominarán Contestania (Llobregat, 1972; Iniesta, 1989, 329-34; Ruiz y Molinos, 1993, 254), es decir, *grosso modo* y sin entrar de momento en el complicado problema de los límites reales, la región entre el Júcar y el Segura, pero no sabemos cuáles eran los límites de la lengua y en qué medida coincidían con o superaban los de la Contestania. Insisto sin embargo en que es impensable que esos límites, al menos al norte, coincidiesen con los de la epigrafía ibérica, y ante la necesidad de contar con un término que permita distinguir entre los íberos como

³¹ Lepore, E.: 1968: «Per una fenomenologia», 55 y sobre todo n.19 en p. 66.

³² *Fronteras*, 1989.

³³ Prescindo en gran medida de problemas teóricos; bibliografía reciente en Ruiz, A. & Molinos, M.: 1989: «Fronteras». Material útil en varios de los artículos de Hutchinson, J. & Smith, A. D. eds.: 1996: *Ethnicity*. Un trabajo de síntesis del autor de algunos libros clásicos sobre el tema: Latimore, O.: 1955: «The frontier». Más específicamente sobre el mundo antiguo: Sordi, M. ed.: 1987: *Il confine*, y algunos de los artículos en *Forme di contatto*: 1983. Una impresión general sobre algunas de las preocupaciones de la sociología actual en relación con el tema: Hannerz, U.: 1997: «Frontières».

³⁴ Los primitivos yapigios por ejemplo desarrollaron, manteniendo en lo esencial una misma lengua, tres etnias diferentes, daunios, peucetios y mesapios; en general vid. de Julii, E.: 1988: *Gli Iapigi* 1988.



- | | | |
|--------------|-----------------|-----------------------------|
| 1. Ensérune | 6. Peña del Mor | 11. Sidamunt |
| 2. Pech Maho | 7. Orleyl | 12. Coimbra del B. Ancho. |
| 3. Pontós | 8. Abengibre | 13. Crevillente (¿ibérica?) |
| 4. Ampurias | 9. Mogente | 14. Verdolay |
| 5. Ullastret | 10. Alcoy | 15. Cástulo |

FIGURA 1.—Inscripciones ibéricas anteriores al siglo II a.C.

conjunto de etnias que participan de una cultura común aunque con ciertos rasgos peculiares, y los íberos como hablantes de lengua ibérica, me permito introducir el término, útil si no afortunado, de «eteoíberos» para designar a estos últimos ³⁵.

De lo dicho se deduce que debe existir una o más fronteras lingüísticas que en dirección aproximadamente Este-Oeste cortan el territorio en que encontramos la epigrafía ibérica prerromana, pero nuestra información no nos permite acceder directamente a ellas, ya que se trata en lo esencial de información arqueológica que no se relaciona directamente con la lengua sino a través de la epigrafía. Todo lo más podemos observar indicios de una lengua indígena no ibérica en Ullastret y en Pech Maho y Ensérune (Untermann, 1969; 1979 y 1992; Correa, 1993; de Hoz: 1995, 284-5.), pero entre

la desembocadura del Ebro y la del Júcar carecemos de cualquier clase de información.

En cuanto a la frontera interior de la lengua ibérica, el territorio epigráfico se aleja de la costa por el Júcar hasta Abengibre, y por el Segura hasta Mula. Luego encontramos un vacío hasta la alta Andalucía en la que en Cástulo tenemos una inscripción al parecer ibérica, y en Porcuna otra de lengua no identificable (MLH H.12.1), pero la epigrafía posterior del lugar, en particular los nombres de los magistrados de la ceca de Obulco, parece indicar que en la ciudad no se hablaba ibérico aunque quizá se daba una cierta influencia de esa lengua. Si en Cástulo sí se hablase ibérico, lo que de momento no se puede demostrar pero no es imposible, tendríamos una frontera bien definida que puede coincidir con otras divisorias culturales que han sido subrayados en los últimos años ³⁶.

³⁵ Dependiendo por supuesto de denominaciones ya totalmente consagradas, y que remontan en último término a la antigüedad, como «eteocretenses» o «eteochipriotas».

³⁶ de Hoz, J.: 1989: «El desarrollo», 563; Ruiz, A., Molinos, M. & Choclán, C.: 1978: «Los pueblos»; 1987: «El poblamiento», 242, 247,

Al norte del Júcar no sabemos si se hablaba ibérico, pero en todo caso sí podemos plantearnos la interpretación de la frontera epigráfica ya señalada, y la existencia de diversas clases de frontera, las fronteras étnicas que pueden ser también lingüísticas, y varias divisorias en la cultura material. Limitándome de momento al problema epigráfico, caben varias explicaciones de la presencia de inscripciones ibéricas en territorio de lengua no ibérica.

Como ya he dicho considero el ibérico lengua vehicular de la zona, es decir la lengua utilizada para la comunicación interétnica por gentes pertenecientes a comunidades de lenguas diferentes, pero aunque una lengua vehicular puede desarrollarse en un territorio con una presencia limitada de sus propios hablantes, esa presencia es de esperar al menos en un cierto grado. En el caso del ibérico, si su extensión se ha debido al comercio, según he intentado demostrar en otras ocasiones y como es frecuente en el desarrollo de lenguas vehiculares, podemos contar con dos posibilidades, la presencia ocasional de mercaderes ibéricos en zonas donde no se hablaba la lengua, y el establecimiento de colonias consentidas por las poblaciones locales, de entidad y autonomía que pueden ser muy variables y que de momento no podemos calibrar.

La presencia ocasional podría dar lugar, por razones totalmente aleatorias, a la aparición de algún testimonio escrito igualmente ocasional; de entre los cartografiados en el mapa n.º 1, el más occidental, un grafito de Sidamunt (MLH D.7.1)³⁷, es el que con menos dudas podemos considerar en este grupo. En cuanto a los pequeños asentamientos comerciales, por el momento no creo que estemos en condiciones de hacer propuestas concretas, porque los que surgen como candidatos obvios, Ullastret o Ensérune por ejemplo, pueden testimoniar quizá una tercera alternativa que me parece necesario tomar en consideración.

Es probable en efecto que al menos en Languedoc y el Ampurdán la presencia ibérica ya antes del siglo II haya tomado la forma de minorías instaladas que han podido ir más allá de la mera comunidad de mercaderes extranjeros. Es posible que se haya creado un estrato integrado dentro de la sociedad local pero diferenciado no sólo socialmente sino también étnicamente al estar constituido por íberos en sentido estricto, eteoíberos, lo que daría lugar a una frontera étnica y lingüística que, tomando en préstamo un término de la dialectología, podríamos llamar «vertical», es decir una frontera que no se da en el espacio, entre territorios lingüísticos y/o étnicos, sino en el cuerpo social, entre grupos bien definidos, que habitan el mismo territorio, que incluso conviven en los mismos con-

cretos espacios locales, pero que se diferencian no sólo como grupos económicos, de poder o de actividad, sino también como grupos étnicos o lingüísticos.

Las distintas posibles formas de presencia eteioibérica en el espacio de otros grupos étnicos implican por supuesto una forma de comunicación, una lengua en la que relacionarse, y aunque naturalmente ésta ha podido variar según los casos, me atrevo a suponer, dado el peso de la documentación epigráfica, que en la generalidad de las ocasiones fue el ibérico, y que lo fue no sólo para eteoíberos y otras etnias, sino también para la comunicación entre éstas al margen de sus relaciones con el grupo eteioibérico.

En el último periodo de la epigrafía ibérica, que corresponde a los dos últimos siglos a.C. y por lo tanto ya a la presencia romana en *Hispania*, la situación se hace aparentemente más clara (mapa n.º 2). La epigrafía ibérica se extiende por el valle del Ebro hasta Botorrita (*Contrebia Belaisca*, MLH A.75.1, K.1) y Zaragoza (Salluia, A.24)³⁸, mientras que la epigrafía celtibérica, toda ella de esas mismas fechas, se aproxima al Ebro en Botorrita, *Nertobriga* (A.50) y Borja (A.48), y penetra hacia el este hasta Belgio (A.47), Azuara (K.21) y Albalate (K.2). Parte de esta información es exclusivamente numismática, y esto plantea un problema ya que, aparte la inseguridad en la identificación de algunas cecas, las leyendas monetales de una comunidad pueden no estar en su propia lengua sino en la que por razones diversas tenga un mayor prestigio o mayores ventajas para el intercambio en la zona. Botorrita en todo caso es con seguridad celtibérica, pero junto a su rica epigrafía en esa lengua ha proporcionado, aparte algunos grafitos dudosos, una fusayola con texto claramente ibérico (K.1.6)³⁹; Albalate por el contrario parece quedar dentro del territorio epigráficamente ibérico, aunque ha proporcionado un grafito celtibérico.

Nos encontramos pues ante una situación que en principio podríamos considerar no problemática; existe una línea divisoria definida entre ibérico y celtibérico, pero como es esperable en cualquier frontera, existe también un cierto grado de permeabilidad que explica sin dificultades la presencia de algún texto ibérico en territorio celtibérico y viceversa.

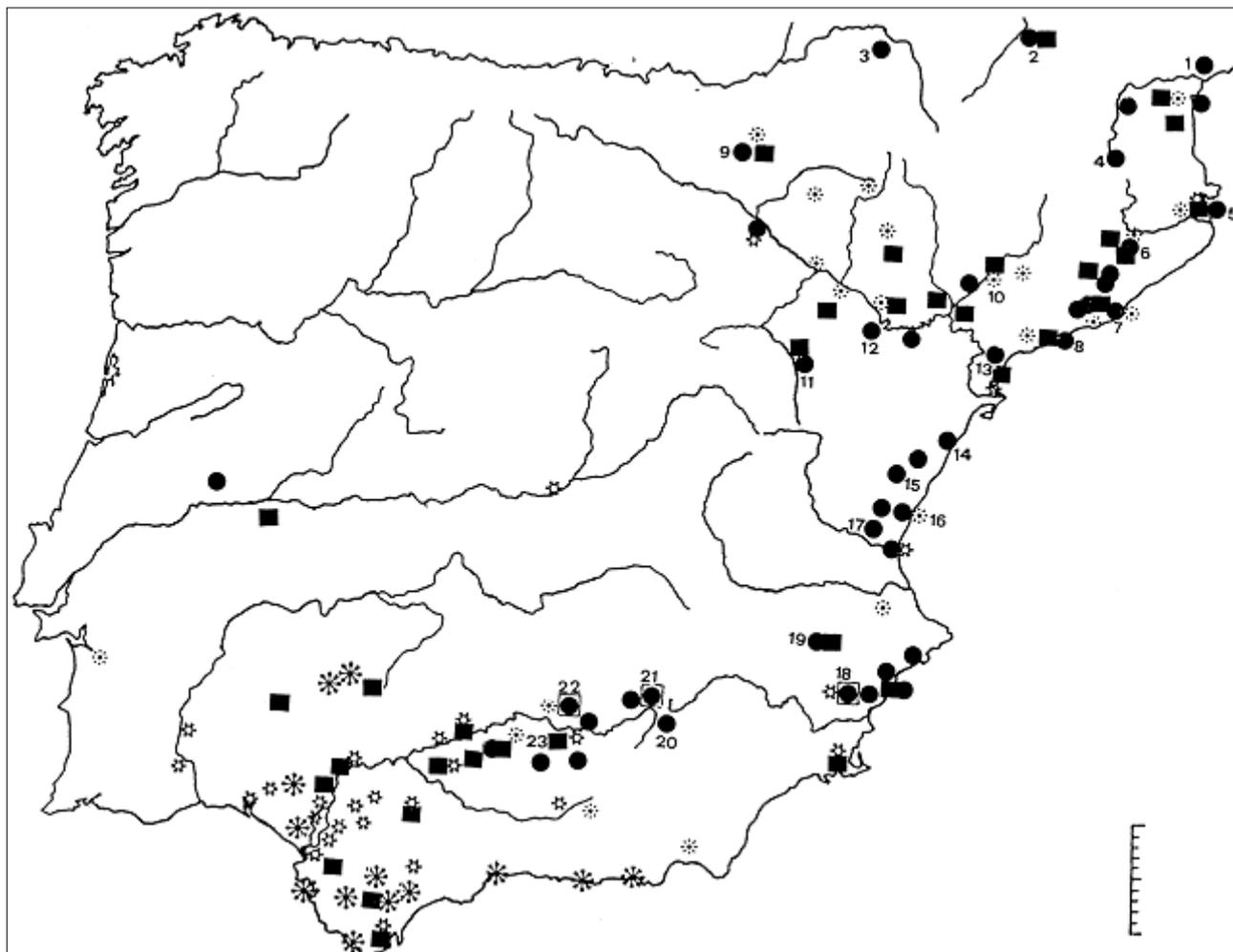
Sin embargo las cosas no son tan sencillas. Si antes de la llegada de los romanos no había ningún motivo para pensar que el ibérico fuese lengua coloquial en el bajo Ebro, tampoco lo hay ahora para pensar que lo sea más al oeste. De hecho Azaila nos proporciona algunos indicios de la presencia en el lugar de gentes con nombres no ibéricos (Untermann, 1979, 59-60.),

249-51. Desde el punto de vista arqueológico la situación es sin embargo más complicada, porque a la frontera entre Cástulo y Obulco/Porcuna hay que añadir la frontera entre ambas y la Campiña.

³⁷ Debo a la tesis doctoral de J. Rodríguez Ramos el haber conocido la fecha temprana de la pieza. Un avance de la tesis en Rodríguez Ramos, J.: 1997: «Primeras».

³⁸ El grafito de Valdespartera (K.20.1) podría ser celtibérico. Caso especial son las inscripciones de Caminreal (E.7.1 = K.5.3) y Andelos (K.28.1), que pertenecen probablemente al modelo de lengua profesional utilizada en el territorio en el que otra lengua es dominante en la mayor parte de los usos, y no sólo coloquiales. Sobre la interpretación de estas inscripciones vid. en último lugar, con la bibliografía anterior, de Hoz: en prensa «Hacia».

³⁹ Naturalmente hay que recordar también la presencia de varios NNP ibéricos en el gran bronce onomástico (K.1.3).



- | | | |
|---------------------|-----------------------|---------------------------|
| 1. Ensérune | 9. Andelos | 17. Liria |
| 2. Vieille Toulouse | 10. Lérida | 18. Elche |
| 3. Aubagnac | 11. Caminreal | 19. Cerro de los Santos |
| 4. S. Feliú de Llo | 12. Azaila | 20. Santiago de la Espada |
| 5. Ampurias | 13. Tivissa | 21. Santistean |
| 6. Tona | 14. Alcalá de Chivert | 22. Cástulo |
| 7. Badalona | 15. Bechí | 23. Oulco |
| 8. Tarragona | 16. Sagunto | |

- | | |
|--|---------------|
| Inscripciones ibéricas y meridionales: | ● |
| Inscripciones indígenas en escritura latina: | □ |
| Inscripciones latinas republicanas: | ■ |
| Cecas ibéricas y meridionales: | * (snowflake) |
| Cecas latinas: | ⊗ |
| Cecas púnicas: | * (asterisk) |

FIGURA 2.—Inscripciones ibéricas de época romana y algunas otras inscripciones contemporáneas.

y en el bronce romano de Contrebia el representante de la supuestamente ibérica Salluia lleva un nombre probablemente vascón, sin duda no ibérico (Fatas, 1980, 95-96; Gorrochategui, 1987, 443). No es éste el lugar para tratar en detalle el problema de la epigrafía ibérica del valle del Ebro y de la masiva presencia de onomástica ibérica entre los miembros de la turma salluitana, pero creo que debemos contar de nuevo con la expansión de una lengua vehicular, en este caso avanzando junto con los ejércitos romanos y sus necesidades de aprovisionamientos «mediterráneos», con

la instalación de pequeños grupos privilegiados de lengua ibérica y con la aculturación onomástica de estamentos indígenas no ibéricos, en buena medida también privilegiados ⁴⁰.

Si esta hipótesis es cierta, la frontera clara que tenemos es la del progreso de la lengua vehicular ibérica escrita y posiblemente oral, es decir la línea en la que se detiene su avance, y esa línea puede tener signifi-

⁴⁰ Otra visión de la frontera entre celtibérico e ibérico en Untermann: 1996: «La frontera».

cados diversos. Es sin duda una frontera sociológica, el límite de una determinada comunidad social que no ha aceptado la mera presencia de la innovación llegada de fuera sino que ha adoptado la escritura ibérica a sus propias necesidades y ha mantenido su propia lengua (de Hoz, 1993, 22-24; 1999, 454-456). La hipótesis más económica es que estemos precisamente ante una frontera lingüística; al este se hablaba una lengua o lenguas que desconocemos, al oeste se hablaba celtibérico, y la organización social de los celtíberos resultaba menos permeable que la de los pueblos más orientales. No sería imposible que estuviésemos ante una frontera interior dentro del mundo de lengua celtibérica, y que al este de la línea de máximo avance del ibérico hubiese también hablantes de celtibérico, pero ésta es una hipótesis más costosa, que mientras no cuente con indicios explícitos a su favor debe ser rechazada. Otra cosa es si se hablaban lenguas indoeuropeas, incluso célticas, al este de la línea, lo que es tan posible como que se tratase de lenguas no indoeuropeas, pero incluso suponiendo que en fechas anteriores hubiese existido un continuo lingüístico céltico a un lado y otro de la frontera que ahora consideramos, creo que esa frontera había llegado a adquirir una consistencia muy significativa; podría tratarse tal vez de una mera divisoria dialectal, no lingüística, pero en ese caso estaría probablemente reforzada por un sentimiento de etnicidad; los celtas al oeste de la divisoria se sentirían miembros de una comunidad que se extendía hacia la meseta, y las fronteras meramente dialectales pueden ser sentidas como auténticas barreras lingüísticas cuando se suma una frontera étnica.

Más al oeste la ausencia de epigrafía hace aún más difícil delimitar fronteras lingüísticas y étnicas; hay un caso notorio de interpretación discrepante en lo que se refiere a la lengua, el problema de lusitano y lenguas célticas⁴¹, y una línea de demarcación generalmente admitida, la que contrapone una *Hispania* indoeuropea y una *Hispania* no indoeuropea, cada una caracterizada por una particular toponimia⁴². Sin embargo la polémica, desde el punto de vista que ahora es el nuestro, se diluye bastante, y en contrapartida esa línea generalmente admitida me parece muy problemática.

Es cierto que existen dos posturas en la clasificación lingüística del lusitano, la de Untermann que lo considera adscribible al grupo céltico, y la de quienes lo interpretamos como una lengua indoeuropea occidental autónoma. Pero si esta diferencia de opinión es importante en lo que se refiere al origen de lusitano y celtibérico, no lo es tanto en lo que se refiere a las fronteras entre ambas lenguas porque todo

el mundo está de acuerdo en que a la llegada de los romanos, cuando comienza nuestra información sobre el celtibérico, existía una diferencia étnica y lingüística clara entre lusitanos y celtíberos. El problema esencial es que no tenemos datos sobre los límites occidentales de la lengua celtibérica, ya que es perfectamente posible que etnias como los vacceos hayan hablado celtibérico sin por ello adoptar la escritura, de la misma forma que, a pesar de contar con un poblamiento al que podemos atribuir un cierto desarrollo urbano, no han sentido interés por adoptar la acuñación de moneda (García-Bellido, 1997, 224-227; 1998, 179-187). Si Untermann estuviese en lo cierto en su interpretación del lusitano, el problema se haría aún mucho más complejo porque podría existir una gradación dialectal continua entre el valle del Ebro y las Beiras portuguesas.

En cuanto a la línea de demarcación de la *Hispania* indoeuropea y preindoeuropea (mapa n.º 3), basada en la contraposición de topónimos propiamente célticos, no simplemente indoeuropeos, en *-briga*, e ibéricos en *ilti*, si tiene un valor indudable como reflejo de una situación que la presencia romana ha fijado momentáneamente⁴³, hasta que la latinización ha acabado con ella, es preciso matizarla en varios sentidos, porque no es sino un momento en el desarrollo de un proceso histórico y refleja distintas fases de ese proceso, y porque la aparente homogeneidad del espacio lingüístico definido por una cierta formación toponímica es más aparente que real (de Hoz, 1995, 12-18).

Insisto aquí en lo que ya he desarrollado en ocasiones anteriores. El mapa de los topónimos en *-briga* (mapa n.º 4) es en realidad una combinación de espacios diversos, uno, nuclear probablemente, que corresponde a la Celtiberia y a su extensión occidental, otro que no es sino una línea de penetración siguiendo el Tajo y que posiblemente está relacionado con los claros testimonios célticos que encontramos en territorio lusitano, y dos zonas de concentración, una en el noroeste, relacionable con los *celtici* que las fuentes mencionan en la zona (de Hoz, 1997; 1994, 105-108 y 115-118), y otra a ambos lados del Guadiana cuando su curso desciende de norte a sur, que engloba a los *celtici* de la Beturia y a los de Portugal (García Iglesias, 1971; Berrocal, 1992; 1994 y 1995; García-Bellido, 1995; de Hoz, 1993, 359-360; 1995, 591-594; y en prensa). Es interesante la existencia de algunos casos aislados, incluso en la Beturia túrdula, como lo es el que algunas ciudades andaluzas reconocidas como «célticas» por las fuentes queden fuera de los dos espacios propiamente definidos como tales, el de la

⁴¹ Trabajos significativos a favor de la comunidad de lengua de celtíberos y lusitanos: Untermann: 1987: «Lusitanisch»; 1996: «La onomástica», 113; en contra: Schmidt, K. H.: 1985: «A Contribution»; Gorrochategui, J.: 1987: «En torno»; Villar, F.: 1994: «Los antropónimos».

⁴² Línea definida por Untermann desde 1961: *Sprachräume*, mapas 2-4, y reiterada en numerosas ocasiones. Vid. el mapa completo de topónimos en *-briga* en Albertos, M.ª L.: 1990: «Los topónimos», 145.

⁴³ Incluso desde este punto de vista habría que matizar varios aspectos. El ángulo sudoeste queda en realidad fuera del territorio de los topónimos en *-briga*, excepto por un único y discutido testimonio. Por otra parte la *Hispania* no indoeuropea no es en gran parte sino la *Hispania* en la que se han extendido el ibérico como lengua vehicular y la influencia mediterránea, facilitando una latinización más rápida de los grupos privilegiados, lo que no excluye que en el siglo II a.C. las lenguas vernáculas de algunas comunidades fuesen indoeuropeas.



Topónimos en *-briga*
 Topónimos en *ili-, ilti-*
ilti-, iltu- en la epigrafía ibérica.

●
 ▲
 +

FIGURA 3.—Las Hispanias indoeuropea y no indoeuropea según J. Untermann: 1961.

Beturia y el gaditano, en el que incidentalmente no hay ningún nombre en *-briga*.

En realidad estamos en presencia de una expansión de gentes celtas que sólo en contados casos podemos delimitar y fechar, uno de cuyos testimonios, no el único ni necesario como demuestra la céltica gaditana, son los topónimos en *-briga*, a menudo, como muestran las líneas en el mapa, repetición de otros previamente existentes. La expansión de la que hablamos ha producido fronteras del tipo más convencional, como en el caso de la Beturia, pero en otros casos ha dado origen a lo que podríamos llamar fronteras discontinuas, cuando en un espacio étnico como el de la Beturia túrdula, el lusitano o el de los turdetanos al sur del Guadalquivir, han aparecido asentamientos célticos desperdigados como islas, manteniendo a veces un topónimo precéltico e introduciendo en otras un nuevo nombre, frecuentemente en *-briga* aunque no necesariamente, como muestra el caso de Segovia⁴⁴. Nace

así una imbricación de etnias que no es frecuente tomar en consideración en el estudio del Mediterráneo antiguo, pero que se impone a la atención del historiador en otros mundos, por ejemplo en el Africa subsahariana.

Hasta aquí nos hemos encontrado con situaciones diversas, que ahora, habiéndolas descrito rudimentariamente, podemos intentar sistematizar. Hemos encontrado lo que podríamos llamar fronteras horizontales, fronteras verticales y fronteras discontinuas, hemos encontrado fronteras más estáticas y más móviles, fronteras-divisorias y zonas fronterizas de fusión, fronteras lingüísticas y fronteras étnicas que en general coincidían, fronteras arqueológicas que se comportan como las fronteras dialectales más que como las lingüísticas, pero que a pesar de esa flexibilidad a veces difícilmente pueden ser coordinadas con las fronteras étnicas.

En la bibliografía reciente el tema de la frontera aparece como he dicho con frecuencia, y arrastra sin duda unas connotaciones de prestigio; la palabra «frontera», o mejor la expresión «frontier-history», es un caso típico de esos términos cuyo uso parece automática-

⁴⁴ Bell. Alex. 57.6; a la localización de Tovar, A.: 1974: *Iberische*, 114-5 se debe preferir la de CIL II 2 5.

mente indicar que el trabajo en que se emplea es metodológicamente serio y está al día en lo que se refiere a los problemas esenciales. Sin embargo por razones obvias es poco frecuente que el estudio del mundo antiguo pueda tratar del tema con un mínimo de concreción; nuestro campo padece siempre, incluso en las situaciones más favorables, de una desesperante limitación de datos, y la información limitada de que disponemos suele concentrarse en las zonas nucleares de las diversas culturas; las acrópolis de Atenas o Tebas son generosas con el arqueólogo, la imprecisa línea que separaba el Atica de Beocia lo es mucho menos. Nuestra información sólo despegas en los mundos fronterizos, aparte casos excepcionales y azarosos, cuando por razones políticas, es decir algo que puede ser totalmente ajeno a la lengua o a la etnia, los propios antiguos han querido marcar material y deliberadamente un espacio fronterizo, sea por ejemplo a través de los santuarios griegos en los límites o de las construcciones militares que puntúan el *limes* romano.

Esa inadecuada información puede provocar fácilmente espejismos, podemos sentirnos tentados de rellenar la imagen de la que apenas si tenemos un par de trazos deshilvanados trasladando el dibujo tomado de otra parcela de la historia o dando por real un mero modelo teórico. Por ejemplo, se ha invocado bastante a propósito de las fronteras del mundo clásico el libro de Turner sobre la frontera americana, que por supuesto, como toda gran construcción historiográfica, puede proporcionarnos vigorosos estímulos, pero eso no puede cegarnos a las radicales diferencias que existían entre el caso estudiado por Turner y los que a nosotros nos ocupan. Para Turner lo esencial de la frontera fue su capacidad para crear algo nuevo, el carácter americano, y merece la pena recoger una cita algo larga que pone de manifiesto claramente esa idea: «La frontera es la línea de americanización más rápida y efectiva. La tierra virgen domina al colono. Este llega vestido a la europea, viaja a la europea y europeas son su manera de pensar y las herramientas que utiliza. La tierra virgen le saca del coche de ferrocarril y le mete en la canoa de abedul. Le quita los vestidos de la civilización y le hace ponerse la zamarra del cazador y los mocasines. Le hace vivir en la cabaña de troncos de los cherokees y de los iroqueses y construir en torno a ella una empalizada india. No pasa mucho tiempo sin que el colono siembre maíz y sin que labre la tierra con un palo aguzado; lanza el grito de guerra y arranca el cuero cabelludo en el más puro y ortodoxo estilo indio. En una palabra, el medio ambiente de la frontera resulta al principio demasiado duro para el hombre blanco. Este debe aceptar las condiciones que le impone si no quiere perecer y por lo tanto se instala en los calveros indios y sigue las pistas indias. Poco a poco va transformando la tierra salvaje, pero el resultado no es la vieja Europa, ni sencillamente el desarrollo del germen germánico ni un caso de reversión a la antigua marca germánica.

El hecho es que surge un nuevo producto que es americano» (1960, 23). No sé cuánto hay de exageración en las palabras de Turner ni hasta que punto los historiadores actuales de los Estados Unidos modificarían sus afirmaciones⁴⁵, pero lo cierto es que la imagen que nos da contiene datos obviamente correctos y a la vez no es en absoluto trasladable al mundo antiguo, incluso cuando se trata de fronteras creadas por emigración, que son obviamente las que se prestarían a la comparación con el modelo de Turner.

Las claves de la diferencia son varias, pero la más significativa está posiblemente en la frase «el medio ambiente de la frontera resulta al principio demasiado duro». En general no es ese el caso en el mundo del que nos ocupamos; los hábitos de vida que imponía al colono griego o al emigrante celta el territorio ganado no eran en muchos casos demasiado diferentes de los que traía consigo, lo que significa que no necesitaba transformar su estructura social para adaptarse a las nuevas circunstancias. Y es precisamente en esa estructura social, o mejor dicho en las estructuras sociales puestas en contacto a través de una frontera, donde está el problema fundamental que nos ocupa⁴⁶. En lo que se refiere a la lengua es difícil poder llegar a conclusiones en ese sentido, porque en el mundo antiguo rara vez contamos con información suficiente, pero la escritura sí puede en ciertos casos permitirnos entrever cómo su uso ha sido condicionado por una frontera.

Volvamos a los ejemplos ya manejados. Las escrituras paleohispánicas son todas el resultado de un contacto; los hablantes de ibérico en concreto han desarrollado sus tres escrituras a través del contacto con otras gentes hispánicas mal definidas o con griegos. El caso de la escritura greco-ibérica se escapa un tanto del problema de las fronteras, ya que sin duda pertenece a ese espacio sui generis de las factorías comerciales o los barrios de metecos que, por muy importante que sea desde el punto de vista de las relaciones culturales, difícilmente podemos incluir en los fenómenos de frontera si no es forzando al extremo una metáfora —aunque *vid. infra* sobre la frontera de los traficantes—. Pero las otras dos variantes de escritura ibérica, la meridional y la levantina, han nacido probablemente por contacto a través de una o dos fronteras que por ahora no podemos determinar (de Hoz, 1993, 22-23). En todo caso en esa frontera o fronteras se han encontrado dos sociedades, una conocedora de la escritura, otra, la ibérica inicial, desconocedora, pero ambas con grupos minoritarios implicados en actividades en las que tenía sentido introducir la escritura como un utillaje práctico y poner en marcha el esfuerzo social necesario para asegurar su transmisión de una generación a otra.

⁴⁵ La traducción española citada lleva un prólogo de G. Céspedes (pp. 9-15) donde pueden encontrarse algunas referencias a la cuestión.

⁴⁶ «...frontiers are of social, not geographic origin» (Lattimore, O.: 1955: «The frontier», 108).

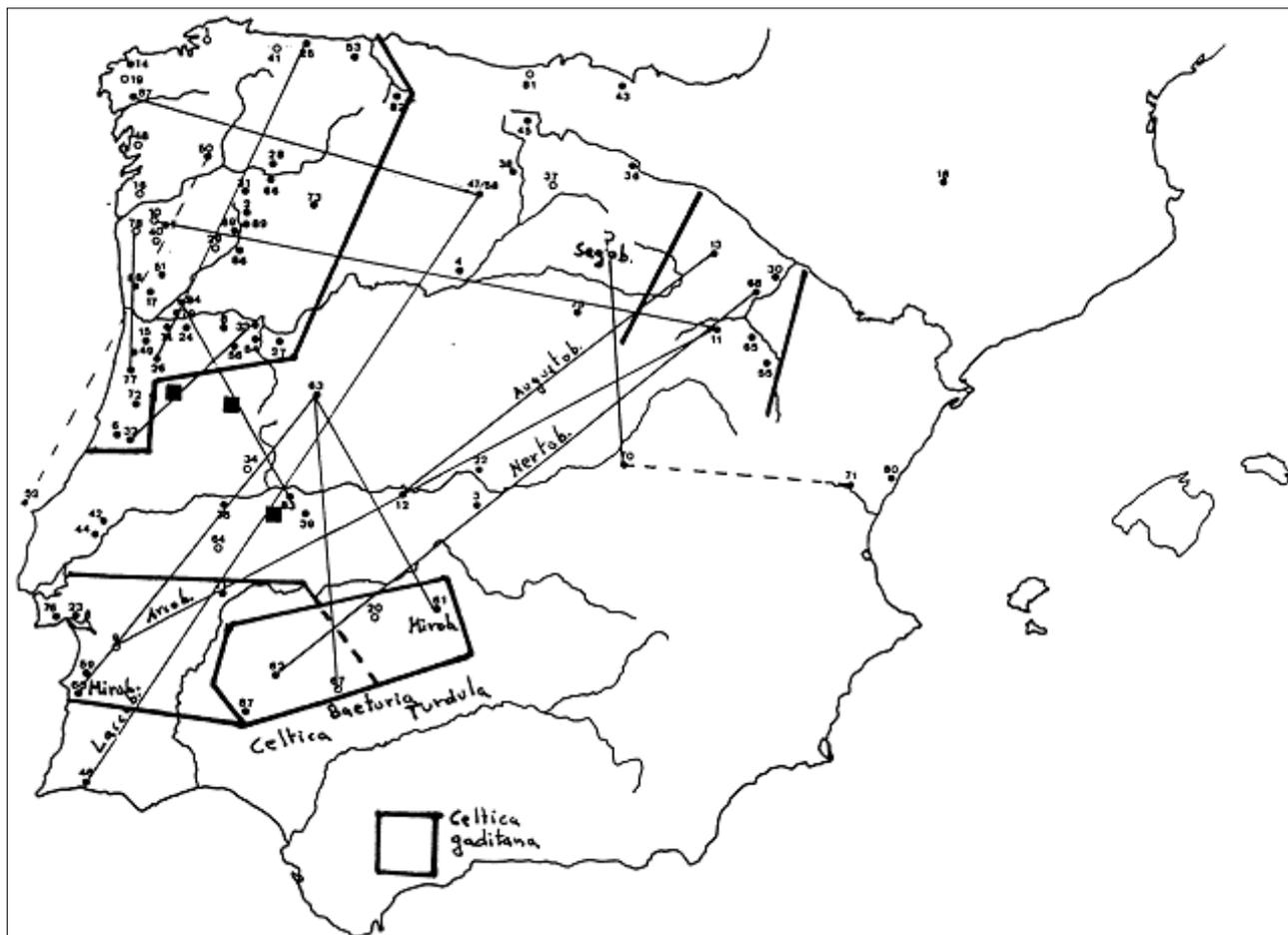


FIGURA 4.—Los topónimos en -briga (según M.ª L. Albertos: 1990) de acuerdo con su distribución en zonas, y los territorios atribuidos a los celtici por las fuentes.

Los círculos negros indican localización segura o muy probable; las siluetas, localización hipotética. Las líneas gruesas delimitan esquemáticamente zonas étnicas; el N.O. no debe considerarse sin embargo zona céltica en su conjunto, sino territorio en el que existen enclaves célticos. Las líneas finas unen topónimos homónimos. Los cuadrados negros corresponden a las inscripciones lusitanas.

Por el contrario, los íberos en sentido estricto, los hablantes de ibérico y creadores de las tres escrituras ibéricas, han mantenido contactos de frontera con otros grupos, gentes del interior o de la costa al norte del Júcar, sin que podamos determinar sus límites precisos, entre los que, por razones sociales y económicas, no se ha sentido la conveniencia de adoptar la escritura ibérica. En el caso de Languedoc y el Ampurdán, si como hemos planteado previamente llegó a producirse una integración de los íberos en la estratigrafía social como grupo a la vez étnico y social, se produjo una frontera vertical en la que el contacto de los íberos con otros estamentos privilegiados sí dió lugar a que éstos adoptasen la escritura, pero curiosamente no adaptándola a su propia lengua sino recibéndola junto con la lengua vehicular ibérica como un paquete inseparable, hasta el punto de que, si no fuese por los nombres no ibéricos de los autores de algunas inscripciones en lengua y escritura ibéricas, no podríamos detectar el préstamo. Obviamente el factor bási-

co ha sido una vez más social; la sociedad local tenía características que hacían posible la adopción de la escritura, pero se daban condiciones en el juego de mutuas relaciones entre íberos y locales que han llevado a éstos a adoptar también la lengua ibérica como lengua escrita.

Pero no basta con considerar la frontera vertical junto a la horizontal; existen fenómenos relacionados con la existencia de una frontera que van más allá de ella misma, y que pueden ser decisivos desde el punto de vista de las relaciones interétnicas. Y aquí sí que podemos utilizar sin forzar los hechos un concepto tomado de Turner, el de frontera de los mercaderes. Turner en efecto distinguía en un proceso cronológico distintos momentos en la creación de una frontera, de los que el primero corresponde a la frontera de los traficantes (1960, 28-29).

La frontera de los mercaderes sería, y aquí intento sistematizar lo que Turner no sistematizó, un espacio cultural en el que se mueven con cierta frecuen-

cia e intensidad mercaderes que pertenecen a otra u otras culturas y traen consigo productos de esa cultura o culturas capaces de provocar un cierto impacto social en su nuevo ambiente. Desde el punto de vista de la Hispania prerromana el fenómeno se suele considerar en relación con griegos y púnicos exclusivamente, pero creo que sin duda ha existido una frontera del comerciante eteoiibérico, y que el desarrollo del ibérico como lengua vehicular ha debido recibir en buena medida su impulso en esa frontera.

Por otra parte un fenómeno de ese tipo podría tal vez haber jugado un papel en el caso de la formación de una de las dos variantes de escritura celtibérica, aunque la hipótesis no me parece particularmente probable. Lo cierto es que los celtíberos han adoptado el semialfabeto ibérico levantino en dos ocasiones distintas, dando lugar a una variedad oriental, la de Contrebia Belaisca por ejemplo, y otra occidental, atestiguada por ejemplo en Luzaga y Numancia⁴⁷. La adopción de la escritura oriental se explica sin problemas a través de esa frontera a la que ya me he referido, y que nace de la expansión del ibérico como lengua escritura vehicular hacia el interior del valle del Ebro. Se trataría de unas circunstancias más o menos paralelas a las que explican la aparición de la escritura ibérica meridional.

Pero la escritura celtibérica occidental plantea un problema no resuelto aún. Su origen debe estar, si consideramos la hipótesis más económica, en el área sudeste del mundo celtibérico, de donde se habría extendido en dirección oeste y noroeste, pero no está claro que en esa zona, a diferencia de lo que ocurre en el valle del Ebro, se haya llegado a establecer una frontera definida entre la epigrafía ibérica y la celtibérica, a pesar de la convivencia en Peñalba de Villastar de inscripciones en ambas lenguas, ya que en este caso las inscripciones ibéricas están en escritura levantina mientras que las celtibéricas, sin duda posteriores, están en alfabeto latino. Más que hablar de frontera lineal, en este caso debemos subrayar el papel de los altos valles del Júcar, Cabriel y Turia como caminos de tráfico mercantil (Lorrio, 1999).

La ausencia de escritura prerromana más a occidente nos impide valorar otras fronteras desde ese punto de vista, pero todavía podemos aprovechar otros datos lingüísticos, los de la onomástica. Ya me he referido a los NNP no ibéricos en inscripciones ibéricas como testimonio de la utilización de la lengua ibérica por gentes de otras etnias, y en contrapartida he podido aludir a la expansión de la onomástica ibérica en zonas en que no creo que se hablase ibérico como

lengua familiar. Es cierto que en general es imposible decidir, ante un NP ibérico en territorio que supongo no eteoiibérico, si se trata del testimonio de un préstamo onomástico o de la presencia de un genuino hablante de ibérico, pero hay casos que parecen de interpretación más evidente, y así ocurre en particular con la onomástica de la turma salluitana.

Como es sabido, ese repertorio de los nombres de los jinetes premiados con la ciudadanía romana y de sus padres constituye la base de nuestro conocimiento de la onomástica ibérica, y sus elementos, en su mayor parte, encuentran en efecto paralelos en la epigrafía ibérica más antigua, en las diversas zonas en que ésta está atestiguada⁴⁸. Por otra parte algunos de los NNP son claramente no ibéricos, por ejemplo los de los ilerdenses ya latinizados, testimonio evidente de cómo estos jinetes, miembros sin duda del grupo privilegiado en sus respectivas comunidades, han podido adoptar nombres ajenos a su propia tradición lingüística, y es esto precisamente lo que creo ocurre con los portadores de NNP ibéricos⁴⁹.

Un fenómeno similar se da en el territorio occidental indoeuropeizado; no puedo entrar aquí en detalle en las muy variadas situaciones que encontramos en las diversas regiones ni en la existencia de repertorios locales, propios de áreas específicas, o en los indicios que nos permiten en algunos casos comprobar cómo en fechas tardías se han producido movimientos reducidos de gentes que han llevado ciertos NNP propios de una zona a otra. Pero por encima de estos aspectos parciales hay un fenómeno general a la onomástica indígena del área indoeuropea atestiguada en la epigrafía latina, y es la existencia de un repertorio común, cuyos elementos podemos encontrarlos indistintamente en cualquier región de la Hispania indoeuropea (de Hoz, 1988, 196-201). Es difícil pronunciarse sobre el origen del fenómeno que puede estar ligado a la romanización incipiente o reflejar la capacidad de influencia y la tendencia expansiva de los celtíberos, y quizá también de los lusitanos, en las fechas inmediatamente anteriores y contemporáneas a la conquista romana, pero en todo caso se trata de un testimonio claro de cómo las fronteras étnicas no han sido barreras sino más bien zonas de ósmosis a través de las que ciertos aspectos sociales, por ejemplo rasgos lingüísticos y en particular ese elemento de la lengua particularmente condicionado por los valores sociales que es la onomástica, han podido infiltrarse siempre que a un lado y otro de la frontera existían comunidades con una desigual capacidad de penetración y resistencia.

⁴⁷ En último lugar, Rodríguez Ramos: 1997: «Sobre». El rasgo diferencial más llamativo, la diferencia de los signos nasales, fue descubierto independientemente por Michelena, L.: 1956: (Reseña), p. 373 de *Lengua e historia*, y Schmoll, U.: 1960: «Die iberischen». Para la caracterización general de los dos sistemas desde un punto de vista paleográfico amplio vid. de Hoz, J. & Michelena, L.: 1974: *La inscripción*, 111-4; de Hoz, J.: 1983: «Origine», 33-6; 1986: «La epigrafía», 51-5.

⁴⁸ Sobre la inscripción (CIL I 709): Criniti, N.: 1970: *L'epigrafe...* Los NNP están estudiados, con el resto de los NNP ibéricos, en Untermann, MLH III 1, § 7.

⁴⁹ No es probable sin embargo que los NNP ibéricos en el gran bronce de Botorrita (K.1.3) respondan a las mismas motivaciones: Beltrán, F., de Hoz, J. & Untermann, J.: 1996: *El tercer*, 102, 201; Untermann: 1998: «Puplipor», 646.

BIBLIOGRAFÍA

- ACTAS del II *Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica* (Tübingen, 1976): 1979: Salamanca.
- ACTAS del III *Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas* (Lisboa, 1980): 1985: Salamanca.
- ACTAS del IV *Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas* (Vitoria, 1985): 1987: Vitoria/Gasteiz = *Studia Paleohispanica*, Veleia 2-3.
- ACTAS del V *Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica* (Colonia 1989) = *Lengua y cultura en la Hispania prerromana*: 1993: Salamanca.
- ACTAS VII. 1999: *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana*. Actas del VII coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas, F. Villar & F. Beltrán eds., Salamanca.
- ALBERTOS, M.^a L.: 1990: «Los topónimos en -briga en Hispania», *Veleia* 7, 131-46.
- ALMAGRO-GORBEA, M. & MARTÍN, A. M.^a: 1994: *Castros y oppida en Extremadura*, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. & RUIZ ZAPATERO, G., eds.: 1993: *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid (= *Complutum* 2-3, 1992).
- AUBET, M.^a E., ed.: 1989: *Tartessos*, Barcelona.
- BELTRÁN, F., DE HOZ, J. & UNTERMANN, J.: 1996: *El tercer bronce de Botorríta (Contrebia Belaisca)*, Zaragoza.
- BERROCAL-RANGEL, L.: 1992: *Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica*, Madrid.
- 1994: «Oppida y castros de la Beturia céltica», Almagro-Gorbea, M. & Martín, A. M.^a, *Castros*, 189-241.
- 1995: «La Beturia: Definición y caracterización de un territorio prerromano», Velázquez, A. & Enríquez, J. J. eds., *Celtas y túrdulos*, 151-204.
- CABRERA, P., OLMOS, R. & SANMARTÍ, E., Coordinadores: 1994: *Iberos y griegos: lecturas desde la diversidad I-II*, Huelva (Huelva arqueológica XIII 1 y 2).
- LA CITTÀ E IL SUO TERRITORIO: 1968: Atti del settimo convegno di studi sulla Magna Grecia. Taranto 1967, Napoli.
- CORREA, J. A.: 1993: «Antropónimos galos y ligures en inscripciones ibéricas», *Studia palaeohispanica*, J. Untermann, 101-16.
- CRINITI, N.: 1970: *L'epigrafe di Ausculum de Gn. Pompeo Strabone*, Milano.
- FATÁS, G.: 1980: *Contrebia Belaisca (Botorríta, Zaragoza) II. Tabula Contrebiensis*. Monografías Arqueológicas 23. Zaragoza.
- FORME DI CONTATTO E PROCESSI DI TRASFORMAZIONE NELLA SOCIETÀ ANTICHE: 1983: Pisa & Roma.
- FRONTERAS: 1989: *Arqueología espacial* 13, Teruel.
- GARCÍA-BELLIDO, M.^a P.: 1995: «Célticos y púnicos en la Beturia según sus documentos monetales», Velázquez, A. & Enríquez, J. J. eds., *Celtas y túrdulos*, 255-92.
- 1997: «Coinage and ethnicity in Celtic Spain», *ZCP* 49-50, 219-42.
- 1998: «Los ámbitos de uso y la función de la moneda en la Hispania republicana», Mangas, J. ed., *Italia e Hispania*, 177-202.
- GARCÍA IGLESIAS, L.: 1971: «La Beturia, un problema geográfico de la Hispania antigua», *AEspA* 44, 86-108.
- GORROCHATÉGUI, J.: 1987: «En torno a la clasificación del lusitano», Actas del IV *Coloquio*, 77-91.
- 1987: «Situación lingüística de Navarra y alrededores en la antigüedad a partir de fuentes epigráficas», *Primer Congreso Navarra* 2, 435-45.
- HANNERZ, U.: 1997: «Frontières», *RISS* 154, 597-609.
- DE HOZ, J.: 1983: «Origine ed evoluzione delle scritture ispaniche», *AIWN* 3, 27-61.
- 1986: «La epigrafía celtibérica», *Reunión sobre epigrafía*, 43-102.
- 1988: «Hispano-celtic and Celtiberian», G. W. MacLennan ed., *Proceedings*, 191-207.
- 1989: «El desarrollo de la escritura y las lenguas de la zona meridional», M. E. Aubet ed., *Tartessos*, 523-87.
- 1993: «La lengua y la escritura ibéricas, y las lenguas de los íberos», Actas del V *Coloquio*, 635-66.
- 1993: «Las sociedades paleohispánicas del área no indoeuropea y la escritura», *AEspA* 66, 3-29.
- 1993: «Testimonios lingüísticos relativos al problema céltico en la Península Ibérica», M. Almagro ed., *Los celtas*, 357-407.
- 1994: «Castellum Aviliobris. Los celtas del extremo occidente continental», *Indogermanica et Caucásica*, 348-62.
- 1994: «Griegos e íberos. Testimonios epigráficos de una cooperación mercantil», Cabrera, P., Olmos R. & Sanmartí, E., Coordinadores, *Iberos II*, 243-71.
- 1995: «El poblamiento antiguo de los Pirineos desde el punto de vista lingüístico», *Muntanyes i població*, 271-99.
- 1995: «Escrituras en contacto: ibérica y latina», *Roma y el nacimiento*, 57-84.
- 1995: «Áreas lingüísticas y lenguas vehiculares en el Mediterráneo occidental», *L'Italia e il Mediterraneo*, 11-44.
- 1995: «Tartésio, fenicio y céltico, 25 años después», *Tartessos 25 años después*, 591-607.
- 1997: «Lingua e etnicidade na Galicia antiga», *Galicia fai dous mil anos. O feito diferencial galego*. I Historia 1, Santiago de Compostela, 101-40.
- 1999: «Los metales inscritos en el mundo griego y periférico y los documentos celtibéricos en bronce», *Actas VII*, 433-70.
- en prensa (1999): «From Ptolemy to the ethnical and linguistic reality. The case of southern Spain and Portugal».
- en prensa: «Hacia una tipología de la lengua ibérica», *Actas del VIII Coloquio de lenguas y culturas hispánicas prerromanas*, Salamanca.

- DE HOZ, J. & MICHELENA, L.: 1974: *La inscripción celtibérica de Botorrita*. Salamanca.
- HUTCHINSON, J. & SMITH, A. D. eds.: 1996: *Ethnicity*, Oxford.
- INDOGERMANICA ET CAUCASICA. FESTSCHRIFT FÜR KARL HORST SCHMIDT ZUM 65. GEBURSTAG: 1994: Herausgegeben von R. Bielmeier und R. Stempel, Berlin-New York.
- INIESTA, A.: 1989: «Pueblos del cuadrante sudoriental de la Península Ibérica», A. Montenegro et alii, *Historia de España* 2, 318-45.
- L'ITALIA E IL MEDITERRANEO ANTICO: 1995: *Atti Convegno Società Italiana di Glottologia*. A cura di A. Landi, Pisa.
- DE JULIIS, E.: 1988: *Gli Iapigi. Storia e civiltà della Puglia preromana*, Milano.
- LATTIMORE, O.: 1955: «The frontier in history», X *Congresso Internazionale di Scienze Storiche*. Relazioni I, 103-38.
- LEPORE, E.: 1968: «Per una fenomenologia storica del rapporto città-territorio in Magna Grecia», *La città e il suo territorio*, 29-62 (cit. por 1989: Colonie, 47-70).
- 1989: *Colonie greche dell'occidente antico*, Roma.
- LLOBREGAT, E.: 1972, *Contestania Iberica*, Alicante.
- LORRIO, A. J.: 1999: «Elementos para la delimitación de la Celtiberia meridional», *Actas* VII, 257-67.
- MACLENNAN, G. W., ed.: 1988: *Proceedings of the First North American Congress of Celtic Studies*, Ottawa.
- MANGAS, J. ed.: 1998: *Italia e Hispania en la crisis de la República*. Actas del III Congreso Hispano-Italiano (Toledo, 20-24 de septiembre de 1993), Madrid.
- MICHELENA, L.: 1956: (Reseña a) M. Lejeune, *Celtiberica*, *BRSVAP* 12, 233-5 (= Lengua e historia, 371-3).
- 1985: *Lengua e historia*, Madrid.
- MLH = Untermann, 1975..., *Monumenta*.
- MUNTANYES I POBLACIÓ. EL PASSAT DELS PIRINEUS DES D'UNA PERSPECTIVA MULTIDISCIPLINÀRIA: 1995: Bertranpetit i Vives, eds, Andorra.
- RODRÍGUEZ RAMOS, J.: 1997: «Primeras observaciones para una datación paleográfica de la escritura ibérica», *AEspA* 70, 13-30.
- 1997: «Sobre el origen de la escritura celtibérica», *Kalathos* 16, 189-97.
- ROMA Y EL NACIMIENTO DE LA CULTURA EPIGRÁFICA EN OCCIDENTE: 1995: F. Beltrán editor, Zaragoza.
- RUIZ, A. & MOLINOS, M.: 1989: «Fronteras: Un caso del siglo VI a.n.e.», *Fronteras*, 121-35.
- 1993: *Los Iberos*, Barcelona.
- SCHMIDT, K. H.: 1985: «A Contribution to the Identification of Lusitanian», *Actas del III Coloquio*, 319-41.
- SCHMOLL, U.: 1960: «Die iberischen und keltiberischen Nasalzeichen», *KZ* 76, 280-295.
- SORDI, M. ed.: 1987: *Il confine nel mondo classico*, Milano.
- TOVAR, A.: 1974: *Iberische Landeskunde. I Baetica*, Baden-Baden.
- TURNER, F. J.: 1960: *La frontera en la historia americana*, Madrid.
- UNTERMANN, J.: 1961: *Sprachräume und Sprachbewegungen im vorrömischen Hispanien*, Wiesbaden (traducción portuguesa en *RGuim* 77, 1962, española en *APL* 10, 1963).
- 1969: «Lengua ibérica y lengua gala en la Galia Narbonensis», *APL* 12, 99-161.
- 1975/1980/1990/1997: *Monumenta Linguarum hispanicarum. I. Die Münzlegenden. II. Inschriften in iberischer Schrift aus Südfrankreich. III. Die iberischen Inschriften aus Spanien. IV. Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*, Wiesbaden.
- 1979: «Eigennamen auf iberischen Inschriften», *Actas II Coloquio*, 41-67.
- 1987: «Lusitanisch, Keltiberisch, Keltisch», *Actas del IV Coloquio*, 57-76.
- 1992 (= 1993): «Quelle langue parlait-on dans l'Hérault pendant l'antiquité?», *RAN* 25, 19-27.
- 1996: «La onomástica celtibérica», *Estudios de lenguas y epigrafía antiguas* 2, 109-56.
- 1996: «La frontera entre las lenguas ibérica y celtibérica en las provincias actuales de Zaragoza y Teruel», *Homenaje a Purificación Atrián*, Teruel.
- 1998: «Puplipor. Römische Sklavennamen in Contrebia Belaesca», *Veröff. Joachim Jungius-Ges. Wiss. Hamburg* 87, 645-54.
- 1999: «La aportación lingüística de los antropónimos del «bronce de Botorrita III»», *Actas* VII, 635-49.
- VELÁZQUEZ, A. & ENRÍQUEZ, J. J. eds.: 1995: *Celtas y túrdulos: la Beturia*, Mérida.
- VILLAR, F.: 1994: «Los antropónimos en pent-, pint-, el ordinal «quinto» y las lenguas indoeuropeas de la Península Ibérica», *Indogermanica et Caucasica*, 234-64.